

pasado/presente

“El segundo sexo”: no se nace feminista

Carlos Monsiváis

En 1949 se publica *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. En los años inmediatos a su salida son mínimas las repercusiones en América Latina, y los motivos de esta demora son entendibles. No se dispone del espacio social y cultural, del ánimo receptivo que transforme las propuestas en decisiones de cambio. El patriarcado es un imperio feudal, en México por ejemplo las mujeres no votan, en varios países no existe el divorcio, el adulterio continúa estremeciendo a las buenas familias y alentando su morbo, incluso se combate el uso femenino de los pantalones. En el campo de las profesiones la presencia de las mujeres es mínima y en la UNAM el porcentaje de alumnas no es mayor del 8 por ciento (el porcentaje de maestras es aún más bajo). A las sufragistas y feministas heroicas de los años veinte y treinta, las suceden en los cincuenta casos aislados de luchadoras sociales, de izquierdistas con frecuencia dogmáticas, de profesionistas a las que se respeta añadiendo en la admiración el condicionante: “A pesar de ser mujer...”

A fines de los cincuenta —acudo a mi testimonio por típico de un momento, no por excepcional— leo *El segundo sexo* con entusiasmo. Asimilo entonces el libro de un modo que hoy me avergüenza y entonces hallo natural: es un gran ensayo sobre La Mujer, que examina la naturaleza de sus desventajas. No voy más allá. A la distancia, me doy cuenta de mi “astucia”: elegí concentrarme en la forma y el método expositivo: “Muy mal que las discriminen, ¿pero qué puedo hacer?” Al recapitular, advierto mi incongruencia: ¿cómo me pudo apasionar un tratado que es un alegato, sin desprender de su lectura consecuencias políticas? Reviso mi ejemplar de *El segundo sexo* y encuentro la profusión de subrayados y notas en los márgenes. Pero la perspectiva sobre lo femenino que me regía apenas se modificó. Muy probablemente, el cerco del pensamiento patriarcal era tan intenso que separaba orgánicamente la reflexión de la aplicación práctica, y se veía

como "literatura" un examen radical de la opresión histórica y la construcción social de las mujeres.

No creo haber sido en esos años un sexista irrefrenable. Desde adolescente me fastidiaban los signos del atraso programado, muy en especial la partícula que ataba esclavistamente a la mujer con su marido "Fulana de Gómez, Perengana de Torres". (Lo sentía un herraje más que un sello matrimonial.) También, había visto de cerca y admirado a las sobrevivientes del sufragismo mexicano de los veinte, con sus relatos de policías que persiguen a las activistas, las meten a una patrulla, van por otras, las detenidas escapan y todo vuelve a comenzar, mientras la propia izquierda las somete a discriminaciones. También atestigüé por compromisos militantes, la primera votación de mujeres en México, en 1955, que me emocionó o a lo mejor no, y de seguro me resultó un espectáculo fascinante, ese miedo reverencial al llegar a la casilla, ese empuñar de la papeleta como la llave de ingreso al mundo desconocido. Eso sí, pero nunca, seriamente, había revisado mis ideas sobre los derechos femeninos. Los aprobé sin responsabilizarme de mi punto de vista, reaccioné con enfado ante el maltrato machista a las mujeres, la arrogancia de los violadores, el desprecio a las activistas y sus luchas siempre tan aisladas y aislables. Pero mi rechazo sentimental de la injusticia no me comprometía a visión alguna de género.

Le debo a Rosario Castellanos la relectura de *El segundo sexo*. Con su modo magisterial fundado en la ironía obstinada y cíclica, Castellanos me hizo consciente de las resonancias del libro. A ella *El segundo sexo* le había transformado, al modificar, organizándolo panorámicamente, su entendimiento de la condición femenina. Y como a ella a un grupo de universitarias de esas generaciones, por fin dueñas de un instrumento de precisión ideológica, histórica, sociológica, incluso científica. Y si se piensa que le atribuyo demasiado valor a un solo libro, recuérdense en las condiciones de la época, y el discurso político que aún se dirigía a La Mujer con lujo de paternalismo: "Estas manos que mecen la cuna". Por eso fue tan aleccionador el influjo del *Segundo sexo* sobre Castellanos. Ya podía burlarse de sí misma, porque delimitaba su sarcasmo y lo convertía en parte de la crítica irónica al machismo.

Se insiste en que Simone de Beauvoir declaró reiteradamente no ser feminista. Sin llegar al exceso de recordar a Marx diciendo "No soy marxista", o a la herejía de precisar que Cristo nunca se declaró cristiano, ni Buda budista, es obvio que los grandes renovadores teóricos ca-

recen de perspectiva de acomodo personal en su proyecto. De Beauvoir es memorable por su calidad intelectual, su valentía interpretativa y su decisión de enfrentarse al pensamiento que organiza la inferioridad de las mujeres y a la impunidad verbal, legal, moral, patrimonial, física, del machismo. Al enfrentarse en teoría y práctica al canon impuesto de femineidad, al rechazar el esencialismo de "lo femenino", al rehusarse a considerar fatal la opresión tradicionalista, ella aclara de manera excepcional el esfuerzo considerable de las mujeres para vivir integralmente su condición de ser humano.

Se había dicho ya esto parcialmente, y con reiteración, pero por lo común con énfasis carente de esperanza. Algo extraordinario de *El segundo sexo* es su estilo desdramatizado, la ausencia de ese filo melodramático impuesto a las mujeres como "ejercicio de sensibilidad". Al renunciar al melodrama, De Beauvoir abandona un vínculo clásico con el esencialismo, y al no aprovechar las "galas de la fragilidad" y elegir el clásico tono objetivo del ensayo francés, exhibe la falacia que identifica a la escritura femenina con la solicitud de perdón a través de la gracia, el coqueteo y cierta dosis de cursilería. Esto es fundamental porque, entre otras cosas, permite releer la literatura de mujeres, de Jane Austen a George Eliot, de Emily Dickinson a Emily Brontë, de Katherine Mansfield a Virginia Woolf, y observar cómo la sensibilidad visible pertenece a la educación y las costumbres del grupo social, pero no a esencia alguna. Ciertamente, sólo una mujer pudo escribir *Orgullo y prejuicio* o *Mrs. Dalloway*, pero a las mujeres nada más se les permitían esos temas, y la escritura no es femenina sino literaria.

La Otra en la cocina y en la recámara y en el confesionario, aguarda

Lo más citado de *El segundo sexo* es lo siguiente:

No se nace mujer: llega una a serlo. Ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; la civilización en conjunto es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino. Sólo la mediación de un ajeno puede constituir a un individuo en *Otro*.

Al desmontar culturalmente el aparato formativo y deformador del patriarcado, Simone de Beauvoir contribuye poderosamente a la crisis de tal modelo dictatorial en la segunda mitad del siglo XX. Ahora ya es posible decir, en la mayoría de los países y en algunos sectores: "No se

nace mujer: hay diferentes modos de llegar a serlo". Y esos modos contienen también alternativas. Si la derecha, como lo prueba políticamente en México y en todas partes, sólo admite una forma de *ser mujer* (sumisa, abnegada, en casa y con la pata rota o en el trabajo pero acatando las decisiones del varón), el pensamiento democrático se ha preparado contra el esencialismo y tiene en su haber una abundante literatura y las experiencias de movimientos sociales y logros legales y constitucionales. Pero esto no ha jubilado ni enviado al desván de las gloriosas precursoras el libro de Simone de Beauvoir, todavía lectura indispensable en la medida en que la pasión y la lucidez intelectual siguen siendo ejemplares. Ciertamente, *El segundo sexo* es actualizable en varios aspectos, porque hay de por medio medio siglo de saberes acumulados, y hay momentos en que la observación aguda linda con el prejuicio:

Las lesbianas intentarán compensar a menudo su inferioridad viril con una arrogancia y exhibicionismo que manifiestan de hecho un desequilibrio interior.

También el desequilibrio interior es una construcción social. La represión, la condena, la necesidad de gastar energías ejerciendo el desafío, todo lo que constituye en un sector de lesbianas la arrogancia y el exhibicionismo, prueba más que un desequilibrio interior, las dificultades de una técnica de resistencia. En el acoso, conducir al límite la psicología defensiva no es acto de desequilibrio, sino de búsqueda de espacio. Esto, de una manera más amplia, lo señala Kierkegaard en el epígrafe elegido por De Beauvoir: "¡Que desgracia ser mujer! Y cuando se es mujer, sin embargo, la peor desgracia en el fondo, es no comprender que es una desgracia". Si uno no califica a Kierkegaard de esencialista, lo que dice es perfectamente racional: la peor desgracia es no comprender que esa condición impuesta, con tanta frecuencia invivible, es una desgracia que debe ser enmendada. Y transformar la condena del género en destino responsable de la persona es la empresa del feminismo y de los sectores de la sociedad influidos por el feminismo.

¿Qué tanto les divierte el heroísmo a las mujeres?

En la primera parte de *El segundo sexo*, De Beauvoir examina los hechos y los mitos. Y esto, en los años siguientes a su aparición, subraya en los lectores latinoamericanos la diferencia enorme con la experiencia euro-

pea. En América Latina los mitos y los hechos han sido peores, más degradados, en especial en el ámbito de las pobres y las indígenas. Y hasta el derrumbe del socialismo real los mitos ideológicos tenían en la izquierda un peso supersticioso semejante al europeo, pero con una carga mayor de analfabetismo funcional. Por eso, la polémica de De Beauvoir con el libro de Engels (*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*), le resultó irritante a la izquierda cultural (la izquierda partidista jamás se enteró). La derecha, orgánicamente incapacitada para entender el libro, no supo jamás de su crítica a las posiciones de la iglesia católica, de la patristica a los obispos franceses, y sobre todo no percibió su idea de algo distinto al sometimiento natural. En la derecha, el rechazo a los planteamientos feministas es orgánico, y en la izquierda, si bien con mayor práctica de convivencia feminista, sólo en años recientes se aceptó la tesis de un movimiento diverso y paralelo. Antes, lo usual era la prédica: todo debe encauzarse por la ruta única de la revolución, y quien indique rumbos alternos traiciona la lucha proletaria.

En mi primera lectura de *El segundo sexo*, me llamaron la atención las citas depredadoras y opresivas de un buen número de escritores, pensadoras, figuras famosas. ¿Cómo era posible, pensé, que Nietzsche, a quien apenas había leído pero que no era por eso menos Nietzsche, afirmara: "La mujer es la diversión del héroe"? ¿Que toda batalla termina en una orgía? El coito, corona de la épica. Tardé en comprender la eficacia del método de Simone de Beauvoir. Analiza antropológica, histórica, filosófica y políticamente un proceso, y se sirve de las citas como una síntesis del ritmo de las sentencias en la pared. Los aforismos del patriarcado son dictámenes sin derecho a réplica, y no proclaman sabiduría sino recuerdan el sitio relegado y a fin de cuentas invisible por genérico de las mujeres. "No se nace mujer..." Es decir, no se nace enterada de la tragedia de haber nacido en el género equivocado, o si no se quiere un adjetivo tan exterminador, en el género que todavía en los años cincuenta y si se era *decente*, recibía los estímulos de las variedades del sometimiento, o si ya se atrevía a trabajar, se instalaba en el perímetro donde no hay ascensos porque no se tenía con qué. (Si acudimos a la tesis freudiana de la envidia del pene, en materia de promociones laborales, entonces como ahora, las mujeres han vivido por así decirlo la envidia de los ascensos que el pene concede.)

Biología es destino. Sí, pero no con tal furia determinista ni todo el tiempo. Hoy, el destino ha cambiado notablemente para las jóvenes en

las universidades, en la economía, en la cultura, e incluso se va modificando la suerte de las indígenas de Chiapas que al adquirir el uso de la palabra adquieren una visión del mundo. Es justo reconocer que el feminismo es la única revolución del siglo XX que no termina en la autocracia (esto no es un elogio desde el punto de vista de Lenin, Stalin, el Ayatollah, numerosos clérigos, Fidel Castro y el PRI), y es de justicia señalar también que a medio siglo de su publicación, *El segundo sexo* retiene su vitalidad porque no obstante los avances, las mujeres continúan en situación de grave desventaja.

Apéndice demostrativo

En 1991 —no hace tanto tiempo— la Secretaría de Gestión Social del CEN del PRI le prepara a sus candidatos a diputados y senadores un manual de preguntas de primera necesidad, y de respuestas a estudiar y, en su recomendable caso, a memorizar. Los temas son cruciales: el Tratado de Libre Comercio, la modernidad, la privatización, la economía subterránea, el sistema financiero, la educación, los salarios, etcétera. Y en el repertorio de asuntos formidables, la única mención —maravillosa— de La Mujer se halla en la pregunta 77; “¿Propone (usted) alguna política de protección a grupos sociales? Niñez, juventud, mujeres, indígenas, ancianos, drogadictos, homosexuales, ¿qué propone?”

Con lo anterior, la Secretaría de Gestión Social del PRI nos informa: a) la niñez, la juventud y los ancianos son grupos sociales; y b) los indígenas y las mujeres son *grupos* protegibles. Y las respuestas están a la altura de la pregunta. De los homosexuales, presiblemente, no se dice una palabra; en lo tocante a los niños el PRI decide protegerlos “de su estado de indefensión en el seno familiar y en el ámbito social”; y a la mujer, responsabilizada de “la dura tarea de mantener unida a la familia”, la alcanza el siguiente alegato:

En relación a la participación de la mujer, el Partido postula la necesaria promoción para el acceso de la mujer, en igualdad de condiciones con el hombre, en los procesos políticos, así como la práctica efectiva de su derecho al trabajo, condición indispensable para su integración en la vida social y base de su completa liberación.

Si no muy brillante y clara, al menos la respuesta que se le ordena o sugiere a los candidatos es sincera: a los niños, los jóvenes, las mujeres, los indígenas y los ancianos, grupos sociales, los protegerá el único sec-

tor que puede hacerlo, los *protectores profesionales*: los hombres entre 30 y 60 años, los que sí cuentan en el país. Y si la mujer quiere liberarse deberá hallar la fórmula mágica del derecho al trabajo, milagro que no requiere para el PRI de más especificaciones, ni de procesos legales o sociales ajenos al buen deseo.

B) Un fragmento del *Manual de imagen*, de mayo de 1991, dedicado también a los priístas, y que nos pone al día de los requisitos esenciales en un político que no quiere ser confundido con un naco:

El político debe usar vestimenta que, por una parte, simbolice que está identificado con los valores y las instituciones de sus antepasados como plataforma, infraestructura o base de sus acciones, y por otra parte, que es progresista y tiende a buscar soluciones modernas, acordes con las ideas contemporáneas. De manera que, su ropa debe observar lineamientos conservadores, al mismo tiempo que, dentro de éstos, se agreguen los elementos de moda. Otra cuestión, no menos importante, es tomar en cuenta factores, que dentro de la parte técnica de los medios (en este caso la televisión), resulten adecuados en la definición estética de la imagen.

Mujeres en general

—Vestidos, trajes de dos piezas o falda y blusa modernos, pero no muy llamativos.

—Medias del tono de color de la falda o vestido.

—Zapatos y bolsa del mismo color y que éste combine con el del vestido, es decir, que se repita alguno de los colores de la vestimenta.

Ocasiones informales

— Colores claros.

— Algodón, rayón o lino.

— Moda sencilla.

— Maquillaje natural.

Ocasiones formales (actos formalmente públicos o de noche)

— Colores oscuros o un poco más intensos.

— Seda, lana o texturas con cierto brillo.

— Moda un poco más sofisticada.

— Maquillaje un poco más acentuado.

La política no es sólo publicidad, es también ornamentación. Al cielo por el asalto de estos "arquitectos de exteriores" y "arquitectos capilares" que son los modistos y los estilistas. "Una no nace mujer..."

"Heroína es la mujer del héroe"

Muy escasas señoras merecen figurar en la historia oficial, y eso en calidad de heroínas colaterales o complementarias: Josefa Ortiz de Domínguez, que le avisó al cura Hidalgo del descubrimiento de la rebelión; Leona Vicario, por ser esposa de don Andrés Quintana Roo; Agustina Ramírez, que le entregó a la Patria a todos sus hijos... A la lista precaria, se añaden los símbolos de la revolución que son certificados de gratitud a la especie: la Soldadera, la Coronela. En este siglo, sólo la escritora Rosario Castellanos ha obtenido credencial de socio regular en la Rotonda de los *Hombres Ilustres* (cuando se inauguró, el adjetivo era redundante). Hasta hace poco, a las mujeres se les destinaba el gran papel: testigos de la grandeza ajena. Véase si no la tardanza: en 1979 Griselda Álvarez, primera gobernadora, toma posesión; en 1980 Rosa Luz Alegría es la primera en el Gabinete Presidencial: Secretaria de Turismo.

¿Quién que es es mujer? En 1953, el presidente Adolfo Ruiz Cortines le concede el voto a las féminas, así como se oye, él le *concede* a las *féminas* porque, como se explica entonces, las buenas relaciones con la iglesia católica hacen ya innecesaria la alarma sobre la cesión del voto femenino a los curas. Son la mitad de la población y hay que concederles algunos derechos formales, pero ya se sabe: las mujeres votarán por el PRI que es la estabilidad. Al principio, el voto es un apoyo psicológico que desea reducir el efecto maligno de "Era mujer y sin embargo pensaba", pero no van más allá los beneficios. Está bien que las mujeres voten, ¿pero a quién se le ocurriría votar por una mujer?

*"Y ahora la diputada les va a explicar a las señoras
por qué votar no va en contra de la ternura propia de su sexo"*

Durante una larga etapa, en los ámbitos del monopolio político la representación femenina se burocratiza a la fuerza; las ya aceptadas como las más iguales entre las desiguales, deben profesionalizarse como emblemas.

Un ejemplo curricular, ni muy reciente ni demasiado antiguo, la profesora normalista y dirigente cetemista Hilda Anderson Nevares. Ingresó al PRI en 1958, en donde es secretaria de Acción Femenil (1971-73). Es fundadora y dirigente de la Agrupación Nacional Femenil Re-

volucionaria (1973-77). Secretaria general de la Federación de Organizaciones Femeniles de la CTM. Presidenta del Comité Femenino de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (1981-83). Miembro de la Comisión para la Mujer de la Organización Internacional del Trabajo, diputada federal, senadora, candidata nuevamente a diputada... Concluido lo anterior, ¿qué se sabe, públicamente, de los pronunciamientos de doña Hilda en asuntos de la mujer? Nada, o si se hace un esfuerzo, vaguedades, brumas verbales. Es inequívocamente, una representante profesional, especialista en el oficio de símbolo.

¿En qué se ha traducido hasta el momento la representación de La Mujer en el PRI y en la oposición? Hasta fechas muy próximas, la respuesta parecía obvia: se ha traducido en el crecimiento de la burocracia femenina o femenil o en el perfeccionamiento de lugares comunes. Y más símbolos no quiere decir el fin del acceso simbólico a la política, sólo la ampliación de los compartimentos alegóricos. Los presidentes y los ministros se suceden, el tono va cambiando del paternalismo sentimental ("La mujer, la presencia detrás del gran hombre") al paternalismo tecnocrático ("La mujer, la capturista de emociones nobles"), pero en lo básico, en lo tocante a las creencias profundas de la clase política y de la sociedad, no se modifica el prejuicio: la política es cosa de hombres. "Una no nace mujer". Tampoco feminista.